

ASTROLABIO.

Jaime Quezada (Poemas 1965-1975), Editorial Nascimento, 1976, 126 págs.

En *Astrolabio* —nombre de un viejo instrumento de astronomía, daguerrotipo quizá, conjuro también, un poco medieval, un poco viaje por la tierra y el cielo— me propuse reunir de manera metódica, científica y cronológica toda mi labor creadora. Una obra brevíssima, aunque para mí significativa y vitalizadora. No se trata de una antología, ni de una selección ordenada de treinta años: recuerdos de un cuarto de vida. Nostalgias pasadas y por venir. Infancia, antepasados, costumbres, historia. *Astrolabio* es el libro de poemas que hubiese querido escribir en mucho tiempo. Es, por sobre todas las cosas, un libro testimonio de un poeta chileno, que vive su tiempo. Porque la poesía se nos hace hoy referencia, relación, documento casi, verdad.

Están aquí desde mis primeros poemas (*Poemas de las Cosas Olvidadas*, 1965), escritos por un puro afán de asombro frente al mundo, intuitivamente, más cerca del sentimiento que del manejo racional del lenguaje. El resuelto sentido vocacional y poético en *Las Palabras del Fabulador*, 1968, que devienen en síntesis y moralejas familiares. La desfachatez y malicia en los muy breves y casi epigramáticos poemas de *A la Pata Coja*, 1970. La consciente vida contemplativa —diálogo, soledad y silencio— en los poemas de *Solentiname*, 1972, no ajenos a la realidad ecológica de las selvas centroamericanas. El personalísimo lenguaje de *Historia de Familia*, 1973, que testimonia la universal atmósfera del pueblo natal. Y en fin, el título que da nombre al libro *Astrolabio*, 1975, la incorporación real y total a la naturaleza y a los sentidos espirituales y corporales: olor de cielo, olor de tierra.

El lector de *Astrolabio* —el lector consciente, se sabe— encontrará una línea generacional a simple lectura. Una actitud oficiosa de trabajar la anécdota, el cuento cotidiano y familiar, el universo de un poeta que parece ser autor y testigo a la vez, desmitificadora y desacralizadamente. Diría, además, que se trata de un libro sensorial y espiritual, lo supremo y lo terreno, el cuerpo y el alma: así de cosas de arriba como de abajo, en la

expresión fiel de San Juan de la Cruz. Los poemas de *Astrolabio*, en apariencia, parecieran intimistas y por lo mismo subjetivos. Yo parto, sin embargo, de un hecho concreto o circunstancia precisa: mi poesía se vuelve así casi narrativa, casi conversacional, con objetos, nombres, fechas, lugares, cosas bien concretas. Va más allá de las imágenes del mundo que vivimos. Aunque inicio buena parte de mi poesía desde un núcleo familiar y cotidiano —no exenta de malicia e ironía—, yo postulo a considerar al poeta de hoy como un hombre que hace historia, testimonio, verdad. Es lo que hay en mí y en mi obra.

JAIIME QUEZADA.

BIOGRAFIA DE LA CUECA.

Pablo Garrido. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1976, 136 págs.

En esta obra se exhuma un rasgo de nuestra idiosincrasia: su sentido lúdico. Ello aflora nítidamente en esta electrizante danza de sólo 75 segundos. Su autoctonía no está certificada, porque al nacer apicarada y jocunda, los cronistas la rehuyeron. Su impronta traspasó los escollos y con un ejercicio de más de siglo y medio, derrotando toda baile foráneo, sigue vigente en el pueblo que la forjó y la hizo multinacional. Mi tarea ha sido rastrear viejos anales y recoger testimonios de longevos.

Su escuálido andamiaje poético (14 versos) y la feble voluta melódica (con ingenuos pivotes armónicos), son muestreo del cancionero hispanoamericano colonial menor, suma paliada de traspasos culturales euroasiáticos y afroindios.

No sustento la tesis de origen afrochileno, pero apunto al soslayado influjo del reguero esclavista, no por aportes genéticos, sino por la peculiarísima instrumentalidad que este factor coyuntural dio a ancestrales ritos de fertilidad sublimados en neodanzas de cortejero. Ni en África, España o Arauco hubo jamás cueca, pero sí gérmenes similares que fundidos audazmente (ripios, síncope, mudanzas), insuflaron en nuestra danza nacional un trascuento dionisíaco sin paralelo, de donde su extraordinario magnetismo.

PABLO GARRIDO.